

Discurso de contestación que, en nombre de la Academia, dirigió el numerario Don José M.^a Rey Díaz.

SEÑORES INVITADOS:

Esa maravillosa investigación de si la Medicina es Ciencia, y si lo es del *razonamiento* o de la *observación*, tejida sobre cañamazo histórico, con que el Doctor Navarro Moreno acaba de regalarnos, y cuyas últimas palabras son un suspiro hondo, por la mayor suma de salud y la mayor longevidad posibles, hubieren merecido, seguramente, dentro del antiguo ceremonial académico, una glosa digna de su enjundioso contenido. Mas, el designio de nuestro viejo y sesudo Instituto, señalando al último de sus miembros para que, en su nombre y representación, dé la bienvenida al nuevo Socio Numerario, va a traer, en este caso, por consecuencia fatal, que la oración erudita que acabáis de oír, quede sin comentario adecuado; ya que,—de una parte—, ni intentar, siquiera, puede el que ahora os habla, tocar tema tan profundo y que por entero cae afuera del campo de sus aficiones literarias, y más lejos aún del de sus mezquinos conocimientos, y,—de otra—, piensa, fundadamente, que no iban, hasta aquí, por buen camino aquellos largos «*discursos de contestación*» con que se correspondía a los de entrada en Academias, y que, tan enfática como impropriamente se dirigían al Cuerpo mismo que hablaba, repitiendo, como un eco, la tésis que momentos antes había perfilado el neófito.

Hora es ya,—nos parece—, de enterrar esa costumbre, apartándose, un poco, del tono dieciochesco que empolva estas cultas entidades y de utilizar otros caminos para celebrar y encomiar la personalidad del que llega, y que, en estos casos, vale tanto como acatar la Autoridad inapelable del organismo que lo nombró, y que no implica ni tocar ni retocar su discurso, pieza oratoria que suele ser una pulida alhaja, labrada con la herramienta de sus talentos, que recuerda aquellas joyas cinceladas, de oro fino, que presentaban los orfebres cordobeses, como prueba de su habilidad, al ser examinados para entrar en el oficio, o para abrir taller, discurso que, con la firma de nuestro Censor, lleva ya la fiel contrastía de la ley de sus materiales.—Nos hemos preguntado, muchas veces, si no sería esta perorata

de una Academia, por boca de un su representante, pero lanzado hacia adentro, algo así como el afán de convencerse a sí mismo, de no haberse equivocado en la elección del nuevo Socio....

Pues, proyectemos ahora, hacia afuera y con mejor sentido de lo que deben ser estas solemnidades literarias, las fundadas razones que hemos tenido, para elegir entre todos los Académicos correspondientes, que en la ciudad residen, el nombre ilustre del Médico Don José Navarro Moreno, acertar a incorporarle a la tarea activa y hacerlo con espontánea conformidad y por voz unánime.

Sépalos así, Córdoba.

Y, Córdoba, sois vosotros: Autoridades y concurrentes, que asistís con deleite a esta litúrgica ceremonia civil, tanto para hacernos el honor de corresponder a nuestra llamada, cuanto, porque, sin duda, queréis dar prenda al Doctor Navarro, y también a nosotros, los de la Academia, de la emoción ciudadana que produce hoy la entrada de aquél en el «Santa Santorum» de la cultura cordobesa, y la incorporación total, al acervo común de aquella colectividad, de los prestigios personales de este colaborador de signo positivo, antes de ahora, y en tantos años de actuación pública acertada y feliz, consagrado por la Fama, en fuerza y razón de sus brillantes actividades científicas.

....

Ya está Navarro Moreno, en su sillón numerado de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.—Pasados unos instantes, colgará de su cuello,—como una señal de distinción—, el emblema de nuestro Instituto, para que, sobre su pecho, parezca, o estímulo o recompensa, según que, lo miren los demás o que sea él quien lo sienta tintinear sobre el propio corazón.—Aguardemos su ayuda eficaz, y gocémonos de su grata compañía.

No necesitaba él, en verdad, para ante la Academia, dar muestra nueva del acierto de sus trabajos, del tono de sus inquietudes, ni del mérito de su pluma. Había probado ya ser capaz, como pocos, de ilustrar con sus luces nuestras periódicas tareas. Tiempo ha que sabemos de su saber, porque este estudioso Médico gustaba de ensambalar su aportación, en el programa de los estudios de cada curso, y de acudir, para ofrecérsola, de noche y en silencio, a la reunión sabatina que solemos celebrar en la Sala escondida del patio-jardín, húmedo y florido, pedazo un día del Noviciado dominicano de San Pablo, donde nos tiene dado albergue, generosa, la Diputación de la provincia.—Ha tomado contacto muchos días, Navarro Moreno, con la labor ilustradora y ha dado varias veces muestra clara,—al des-

arrollar ante nosotros sus conocimientos, divulgándolos—, de su probada vocación científica.

Pero, por si alguien dudara de sus merecimientos, su perfilado estudio: «*Carácter empírico de la Medicina*», acreditará desde hoy lo amplio de su visión, lo sazonado de su cultura y la facilidad con que de ella sabe hacer gala, bastando ese concienzudo discurso para creerle digno, dignísimo, de honrar esta Casa, en donde entra ahora a tomar puesto definitivo.

Y no anotéis el acierto, de ese su discurso, como cosa esporádica, como hecho aislado.—Con el desembarazado manejo del instrumental que a diario se sirve para ejercer, con primor no igualado, su difícil especialidad; con el arte y destreza manual insuperable con que sabe hendir el bisturí en la carne de los pacientes cuando hace cirugía, alterna Navarro, casi en tantos años como cuenta de Médico, la soltura de su pluma para producir abundante cosecha de trabajos y memorias científicas.—Ved, si no, el n.º 12 correspondiente al 30 de Junio de 1917, de la «*Revue Hebdomadaire de laryngologie, d'otologie et de rhinologie*», y en ella, vertido al francés, un estudio sobre «*Cuerpos extraños en la laringe*», si es que antes no leísteis su tesis doctoral que respondió al tema «*Diagnóstico de la tuberculosis por la Oftalmo-reacción Calmette*».—Leed su discurso de recepción, como miembro de número, en la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, que presentó en 4 de Mayo de 1922 y que versó sobre esta cuestión: «*Orientación y equilibrio*».—Revisad los tomos de la Revista «*Actualidad médica*» hacia el n.º de Septiembre de 1927, y hallaréis, bajo el epígrafe «*Pequeñeces otorinolaringológicas*» esta media docena de estudios perfectamente compuestos: «*Parafinoma nasal consecutivo a antoplastia estética*» o este otro: «*Fractura del tabique de la nariz*» o el que intituló «*Cuerpos extraños de oídos*»; o aquel que respondía al enunciado: «*Gotas de cera en el oído*»; o el que reza como título: «*Fístula de seno frontal*»; o, por fin: el que explica «*Tratamiento de las supuraciones del ático, por drenaje directo*».—Buscad en la propia Revista «*Actualidad Médica*», los artículos que en el mismo año 1927, desarrollan estas dos cuestiones otorinolaringológicas, «*Quiste mucoso gigante de la fosa nasal*»; y esta otra: «*Amigdalotomía y amigdalectomía*».—Repasad su conferencia pronunciada en la Academia cordobesa de Ciencias Médicas, y que luego pronunció en extracto «*Mundo Médico*» en su número 69, correspondiente a Abril de 1928, y, el tema «*Tratamiento de las estenosis laríngeas por laringo-fisura*» aparecerá ante vuestros ojos, perfectamente concebido y galanamente expuesto.—Recordad aquella otra

Conferencia de Navarro, del 6 de Diciembre de 1928, ante la propia Academia de Ciencias Médicas: «Las infecciones en los senos accesorios de las fosas nasales» o la que, desde la misma tribuna pronunciara en 17 de Enero de 1929, sobre «Cirugía estética de la nariz», o la que explanó ante el Ateneo Médico de Córdoba y fué luego extractada en el n.º 106 de «Mundo Médico» hacia Octubre de 1929, y que respondió a la cuestión: «Tratamiento del cáncer laríngeo»; o las eruditas disertaciones que escuchó de su boca la mentada Academia Médica, una al principio, y otra hacia el final, del año 1930, sobre las repetidas cuestiones: «Síndromes adenoideos» y, «Papel de las amígdalas en la Patología».—Abrió la colección de «Actualidad Médica» por su n.º 88,—Abril de 1932—, y hallaréis en sus páginas este trabajo: «Cuerpos extraños traquebronquiales».—Haced memoria de aquel provechoso cursillo que celebró la tan nombrada Academia de Ciencias Médicas sobre la enfermedad lazarina, y veréis todavía a Navarro Moreno, logrando un éxito más, con su comunicación sobre «Localizaciones nasales, faríngeas y laríngeas de la lepra».—Anotad en el haber de este publicista científico, otra conferencia más: «Aplicaciones útiles de la diatermia quirúrgica en otorinolaringología», que después imprimió la revista española y americana de tal especialidad en 9 de Octubre de 1932, y, una más,—no publicada—, que también escucharon los médicos en su Academia, sobre «Cirugía conservadora del cáncer laríngeo».—Hojead la colección de la recién mentada Revista española y americana de otorinolaringología, y, otro trabajo científico salido de la pluma del Doctor Navarro, llamará la atención hasta de los profanos: «Quiste hidatídico del tiroides».—Pasad la vista por los Anales de la tan nombrada Academia cordobesa de Ciencias Médicas y hallaréis... comunicados, notas, artículos, que ceñidos a la difícil especialidad que Navarro cultiva, no se apartan un punto de la trayectoria... «El asma.—Consideraciones sobre su patogénia y tratamiento».—«Epistaxis».—«Tratamiento de la fractura de los huesos de la nariz».—«Cuerpo extraño bronquial (caso clínico)»—, y «Dolor de oídos».—«Eliminación del cartilago tiroides en un canceroso de laringe tratado por radioterapia y cobra-toxina», estudio interesantísimo, ilustrado con presentación de pieza.

Por fin, y para no hacer la relación interminable: Preguntad en el Ateneo Médico de Málaga por Navarro Moreno, y os dirán que su voz se alzó allí, en el año de 1934, para ilustrar a selecto y numeroso auditorio sobre «Problemas que plantea el estudio del oca».

Pero, no se limitó el nuevo Académico, a lo largo de su vida estudiosa, a gastar la actividad que le sobrara—después de derrocharla

entre sus enfermos de Hospital, de Sanatorios, y de su concurrida consulta particular—, en solo conferencias, publicaciones, discursos y notas científicas, sino que también laboró en Ponencias de Congresos Médicos, en Asambleas para el progreso de las Ciencias, y... ya se encamina a Burdeos, al curso de perfeccionamiento que en aquella Facultad de Medicina dan los Profesores Moure y Portmánn, en el año de 1924, en donde fraterniza con otros médicos eminentes como Tapia y Barajas... o, ya dirige sus pasos al Congreso de las Ciencias de Santiago de Compostela para intervenir certeramente en sus deliberaciones. Y en el año 1935 presenta en Bruselas una comunicación a la «Sociedad de broncoesofagoscopia de lengua francesa» sobre cuerpos extraños de esófago, siendo nombrado, en atención a su mérito, miembro de dicha Sociedad.

Notareis en este recuento,—parte del relato que, con más tiempo disponible, podíamos hacer, de «*Los trabajos y los días del Doctor Navarro...—*», notareis, que nos hallamos ante quien no se contenta con descubrir técnicas nuevas, por personales ensayos, sino con ofrecerlas, como preciado tributo a la Ciencia Médica española, en provecho de la humanidad doliente. En esto se distinguen los médicos estudiosos, diligentes y sabios que agotan su actividad en las cotidianas cuestiones profesionales, no como quien ejerce una artesanía ni como quien hace de la curación de enfermos un trabajo para allegar fortuna, sino como el que se cree investido de una elevada y trascendente *misión* y la cumple.—Ni en lo que hace, ni en lo que escribe ni en lo que divulga, vereis nunca a Navarro Moreno apartarse un ápice de su trayectoria de seriedad y de constancia en el esfuerzo.

Dos cardinales descubriréis guiando su vida: Su decidido amor a Córdoba, a la que él mismo encadenó su misión científica desde el primer momento de ejercerla y durante treinta y cuatro años, y su vocación por la especialidad que aquí creó, que ha sido, en aquel lapso, norte de sus afanes y recompensa de sus sacrificios y desvelos y que sigue cultivando con dominio pleno y éxito no igualado.

Córdoba, el Doctor Navarro, sinó por naturaleza por derecho de conquista, aquí dió el primer paso, aquí ha seguido su recto camino profesional, y a Córdoba seguirá perteneciendo intensamente mientras viva.

No era conocida la técnica quirúrgica regional que este otorrinolaringólogo había aprendido en Granada y se proponía ensayar cuando, todavía un jovenzuelo, llegaba a nuestra ciudad a ejercerla.

Una circunstancia especial hacía de él un caso precoz para ese ejercicio de su especialidad, que merece tenerse en cuenta y que vais a

Don Pedro López Peláez, el Doctor eminente López Peláez, era Profesor de Anatomía de la Universidad granadina, y, al mismo tiempo, especialista competente y experto en oídos, nariz y garganta.—Pues, este hombre, tuvo el atisbo de que, un su alumno de primer año, allá por el de 1901,—José Navarro Moreno—, había de seguir sus huellas en «el *hacer médico*»; y, de buenas a primeras, llamó al discípulo—recien entrado en aquella sazón en la Escuela de Medicina—, y le nombró su Auxiliar en la consulta de Otorrino que tenía abierta y nutrida en el edificio de la Facultad. Un estudiante de primer curso de Medicina en contacto directo con un servicio público de especialidad; y ello, no solo en la época lectiva, sino también en la de vacaciones, en la que actuaba a las órdenes del Doctor García Cachazo, Auxiliar de Cátedra de López Peláez.—Todavía más: durante los dos últimos años de carrera (1904-1906), Navarro perfila mejor aún sus conocimientos especiales como alumno interno, con ejercicio cotidiano en las clínicas de otorrinolaringología, siendo ya Profesor de esta disciplina Don Federico Olóriz.—Seis años antes de ser médico, ya la suerte ponía en manos de Navarro Moreno cientos de enfermos de nariz, garganta y oídos, dándole la mejor ocasión de documentarse en esta rama de la Cirugía, asistiéndolos, cuidándolos y practicando en ellos incontables intervenciones. «Navarro especialista» mucho antes de alcanzar el Título de Médico... ¿Quién se vió, en trance semejante, tan favorable? ¿Cómo no había de enraizarse esa vocación, teniendo por Maestra a la realidad?

Nadie se ha sentido, al concluir la carrera, sobre base tan ancha y tan sólida como el Doctor Navarro, para emprender el ejercicio de una misión científica desde el día mismo en que por vez primera exploró un enfermo por derecho propio, y mojó la pluma para escribir su primera receta. Ello fué en Córdoba y no en Granada, su ciudad, por propio designio, en el año de 1908.

.....

Estaba descontado su éxito.

Su vivienda y su clínica, alegre y coquetona, montadas en un piso minúsculo en la casa que hace esquina a las calles de Gondomar y de Marqués del Boil, se vieron pronto pobladas de clientes y de admiradores; y el pueblo, con su fino sentido para bautizar, porque halló difícil de retener el título de Otorrinolaringólogo, llamó a Navarro, lisa y llanamente: «*El Médico de los oídos*».

Y comenzó la peregrinación, en busca de su asistencia desde todas las casas de nuestra ciudad y de su comarca; y, mientras esto acontecía en lo privado, en lo público, como ningún servicio de este tipo

tenía montado el Hospital general, fué gentileza de los demás Médicos de la Beneficencia dejar que Navarro atendiera,—generosa y gratuitamente por supuesto—, a los enfermos de nariz, oídos y garganta que ingresaban en las Enfermerías de la Casa del Cardenal; y esto, así, hasta que en 1915 fué agregado este experto especialista a la propia Beneficencia provincial y reunió bajo su talento y su mano saludadores número copioso de enfermos asistidos y operados, llegados a las salas desde todos los confines de la provincia.

Un año adelante, y también los dolientes pobres de Córdoba, los atendidos por la Beneficencia Municipal, gozaban de la asistencia personal de este especialista y por cierto que por no tener aún el Ayuntamiento dispuesto lugar adecuado (no existía la Policlínica y la Casa de Socorro era algo sórdido, de aspecto triste y precario) eran enviados los enfermos al propio gabinete que Navarro había montado en su domicilio según las últimas exigencias de entonces, para que allí le consultaren sus males de nariz, garganta y oídos.

Y viene el año de 1919, y como la Diputación no hubiere creado todavía el servicio provincial sanitario de la especialidad a que Navarro Moreno se había consagrado en cuerpo y alma y de por vida, y sí, en cambio, sacare por entonces a la lid científica una plaza de Cirujano para una nueva Sección Quirúrgica en el Hospital Real,—mal llamado de Agudos y mejor: del Cardenal—, nuestro nuevo compañero, médico de aptitudes polimorfos aunque no había querido desviarse de su amplio y recto camino, se reveló, sin querer, como figura de primera magnitud en Cirugía y fué consagrado como artista dominador de una técnica quirúrgica no limitada a lo regional que constituía su especialidad. Sin embargo, su férrea voluntad de *no promiscuar*, hizo que, *su hacer-médico*, no se desviara un instante de los cauces que él se había trazado a sí mismo, desde el inicio de su carrera universitaria, y era curioso que, en su sala de Cirugía del Hospital, el 60 por 100 de los enfermos lo eran siempre de la especialidad otorrinolaringológica, que, por deferencias de los demás médicos y provecho de la enfermería que daba la ciudad y su comarca, y por la fuerza de la costumbre acudían a él para ser tratados.—Navarro pudo, e hizo bien, conectar así, en este lapso de su vida, el trabajo de Cirujano, en el que fueron verdadera revelación su singular competencia y su hábil destreza manual, con la difícil especialidad cultivada por él desde que trasmontó los confines del Bachillerato; creada en Córdoba por él, y llevada en triunfo en su mano, con vocación y entusiasmo arraigadísimos, por este pequeño mundo médico al que pertenecen la mayoría de los que ahora nos oyen, y con resonancia lejana allí donde se tendía la órbita de su fama.

Los éxitos del Cirujano Don José Navarro no significaban ni apartarse de un camino seguro abierto a su costa, ni claudicar ni vacilar en una misión, ni distraerse siquiera de un objetivo en el que estaba su punto de mira desde *el nacer Médico*, esto es, desde que puso el pié en la Facultad granadina.

Cobró fama insospechada el Cirujano general. En su mano el bisturí era, según los entendidos, como el cetro de una soberanía pronto adquirida en el arte de hacer con talento y con manutigio poco comunes. Pero es que el hábito quirúrgico que cada día acrecentaba, también a su especialidad se subordinó con ventaja; redundó en beneficio de la cirugía especial de oídos, nariz y garganta, y, acostumbándole a una elasticidad mayor, le proporcionó mayor soltura todavía, más facilidad,—si podía haber—, en la resolución de los problemas quirúrgicos otorrinolaringológicos.

En el largo lapso que medió hasta que el Doctor Navarro vió creado en la Beneficencia provincial el servicio de otorrinolaringología y en cuya creación había de pesar mucho, lógicamente contar con quien tan diestra y fervorosamente lo encarnaría, y en ese largo lapso, cientos de operaciones arriesgadísimas, millares de intervenciones coronadas de éxito, innúmeros trabajos de este facultativo enamorado de su propio quehacer científico, suplieron con creces—en toda la enfermería benéfica del territorio adonde llega la acción bienhechora de la Diputación—, la falta de un servicio especial como el que luego se montó y montado sigue para el tratamiento de nariz, garganta y oídos.

Dos salas, un quirófano y unas dependencias para Consulta; una estadística que marca de 25 a 30 operaciones semanales; y un río inagotable de entusiasmos y de afanes por hacer el bien, son desde entonces, en el Hospital del Señor Cardenal Salazar (con afluencia a él desde las demás Casas benéficas y desde toda la provincia, contando la capital) el campo de acción del famosísimo Doctor, en su especialidad entregado a los pobres.

No lo veréis nunca ni distraído ni alejado de su obra científica.

Así, cuando se reorganizan los servicios de Sanidad nacional en nuestra provincia, a Navarro se pide colaboración en las cuestiones de su competencia; a él se encargan estos servicios; y a él se encomienda la enseñanza y adiestramiento de los compañeros que habían de realizar la misión específica en los centros secundarios y primarios diseminados por el vasto territorio del país cordobés. Navarro les dá un curso; les enseña y les alecciona, con esa generosidad en el dar y en el enseñar que suelen tener los ya consagrados, y va, en

persona, a los centros alejados de Córdoba, como Pozoblanco y Cabra, entre otros, a mostrar, en sesiones prácticas, de gran provecho para los que aprendían, cómo se deben hacer exploraciones e intervenciones precisas, urgentes y cuidadosas en casos corrientes de los que caen dentro de esta Cirugía especial.

Así, también, cuando la guerra estalló el día 18 de Julio— y esto lo conoceis *de visu*—, Navarro se multiplica y engarza en sus abrumadoras ocupaciones habituales, una actuación brillante, en las filas de la Sanidad Militar, permaneciendo en pie y vigilante hasta que la guerra se acaba y quedándole, al despojarse del uniforme, la deleitosa satisfacción de haber prestado con sus conocimientos científicos especiales y generales un gran servicio a la Patria madre en peligro.

*
**

Dicho está ya, señores, aunque sea a grandes rasgos, cuales fueron las líneas directrices que generaron a este médico especialista que Córdoba tiene por muy suyo y que ganó para siempre el respeto, la consideración y el afecto de los cordobeses.

La Academia que lo trajo a sí, con el título de socio correspondiente, va para muchos años, y que ha sumado los prestigios personales de Navarro Moreno, en la resultante de su prestigio colectivo, y que gozado de su saber en la tarea científica de cursos recientes, sabía bien todo lo que dicho quedó por nuestra boca.

Conocía además, nuestra Academia, pormenores de los éxitos escolares de Navarro desde los días lejanos en que siguió—entre 1899 y 1906—, sus estudios básicos en San Juan de Dios, en Granada, con notas que esmaltan su expediente de Premios y Sobresalientes en casi todas las disciplinas cursadas.—Sabía del lisonjero éxito de sus oposiciones en 1904, a una plaza de Interno en la Facultad donde cursaba, y, de que el remate de sus periodos escolares de Licenciatura y Doctorado, también quedó aureolado con el nimbo que dá a los bien dotados, la máxima nota.

Ponderaba la Academia el exacto valor del volunto feliz de Navarro al entrar en el definitivo *hacer-médico*, optando por Córdoba y no por su tierra natal granadina a la hora de traer y crear una especialidad científica para la que—con vocación perseverante—había de abrir ruta recta, ancha y continuada...

Le vió la Academia, poco después de llegado a Córdoba, recoger con dignidad y desempeñar con exactitud el puesto de mando de el

único Laboratorio que aquí había y que convirtió en oficial y público, recogiénolo de manos de un viejo Profesor de la Veterinaria, compañero nuestro de Academia, conservando y aun mejorando el tono de seriedad científica y la amplitud de acción de aquel primitivo centro de análisis.

Se gozaba la Academia en que su socio correspondiente Don José Navarro Moreno resultase investido un día con el cargo de Decano del Cuerpo Médico de la Beneficencia provincial que sirve a la Diputación; y en que otro día se le confiriese la Dirección del primer Hospital; y en que otro se hubiere destacado como Secretario del Colegio médico, y en que la Academia cordobesa de Ciencias de la Medicina, creación local no muy vieja aunque sí muy prestigiosa le llamara a su Presidencia; y en que hasta en las esferas de la Administración local Navarro pudiese realizar labor provechosa, siempre encuadrado en su propia personalidad, atinando en mejoras de Beneficencia municipal como Teniente delegado, en este Ramo, de la Alcaldía.

Nuestra Corporación, que conoce al dedillo este ejemplarísimo historial y que ha sido testigo de cómo forjó el Doctor Navarro su figura social recia y honrada en el yunque del trabajo, ha querido valerse de él, en plena madurez, incorporarlo a la labor corporativa, y darle papel importante en la gobernación interior de sí misma.

Abierta de par está esta noche la puerta mayor de nuestra Real Academia para que por ella pase y entre y se acomode en puesto principal, en su sillón de número, y ayude con su clara inteligencia al empeño común de fomentar la instrucción de sus miembros y la cultura pública, este médico por vocación y cordobés por voluntad.

Un médico, académico nuevo... un médico cordobés, nacido en Granada, que vuelve de la meta de su trayectoria profesional y que se sienta entre nosotros a contemplar despacio su camino recorrido. A ayudarnos viene, a cuidar y alimentar para que no se extinga la llamita encendida de la lámpara que colgó en la Sala de Cabildos del histórico Hospital de la Caridad de Nuestro Señor Jesucristo, el canónigo poeta, el Penitenciario Arjona, nuestro fundador, en días de 1811, días de Academias, de vates y de «buenas Letras»...

Un médico que llena el puesto de otro médico. Si viviera y aquí se hallara el Padre Muñoz Capilla, también hombre de ciencia y también nuestro, sacaría de la faltriquera de su sotana el Libro sagrado del Eclesiastés que él explicó para leernos aquello de: «Dios crió de la tierra la Medicina,... y honró la cabeza del Médico y por ella será alabado en presencia de los grandes y Reyes»...

No ofrece novedad el caso.—Siempre se han sentado en esta Academia los médicos prestigiosos que descuellan en su profesión o que cultivan las Letras o que consiguen las dos cosas.—Es larga la cronología de estos ilustres.—Fúlgen los nombres: Ramírez Casas-Deza, Don Luis Maraver, González Auriolos, Ripoll Herrera, Pablo García y Don Emilio Luque. —También el anciano, por tantos motivos venerable, que preside hoy nuestros destinos profesó un día en este sacerdocio de la Medicina y conquistó renombre en la ciudad.—Y el Alcalde de Córdoba, que aquí está, legalmente encarnándola, es Médico, es Académico, y en una y otra fase en plenitud de acción inteligente.

Ahora, Navarro, ha querido que al pasar dignamente bajo el dintel de la Academia, sean sus cartas credenciales un estudio que, a un tiempo, le acredite como enamorado de la ciencia que cultiva y que tan bien conoce, y como escritor científico, y ha hecho tema y asiento de su discurso de recepción de ese documentado trabajo que responde al epígrafe «*Carácter empírico de la Medicina*».

Lo habéis paladeado hace un momento. . Navarro nos llevó de la mano y por jornadas, en su oración académica, cruzando los caminos del arte antiguo de curar, donde el Médico hipocrático se valía de métodos de observación y de experimentación a los días en que los descubrimientos de la célula—elemento anatómico, fisiológico y patológico del organismo—, primero; de los microbios luego; de las secreciones internas después, y de la alergia más tarde, van dando, sucesivamente y con cambiantes de cosa de moda, fundamento a la Patología.

Ha corrido por los siglos XV al XIX; y nos ha ido descubriendo la teoría médica y el alcance de la experimentación científica en los tiempos; y buscando el paralelismo—como habéis visto, entre la actuación del médico hipocrático y la del moderno, para venir a la confluencia de los dos—uno, el antiguo, sin otros medios que los sentidos para recoger síntomas, de fuera; y otro, el moderno, con mil medios auxiliares novísimos para recolectarlos de dentro—, en la intuición,—del que se propone curar—, sugerida por la observación, confirmada por la experiencia, propia o agena proporcionada por el estudio.

Esta es la aseveración que hemos oído: Ahora, como en los días de los médicos griegos, hay que buscar en los datos de observación la razón de la salud o de la enfermedad. Y, ha concluido Navarro su discurso alentando a los médicos al estudio y a la investigación, en caminos de progreso y perfeccionamiento de la Medicina, aun cre-

yendo que el ideal de esta rama del saber nunca dejará de ser ideal: la abolición de la enfermedad y de la muerte prematura, para alcanzar la mayor suma de salud y de longevidad posible.

Las palabras con que Navarro Moreno ha cerrado su discurso, bien pudieran ir enlazadas con las que recogimos, días pasados, de un artículo profundísimo de otro médico escritor: de Lain Entralgo.

«Quiero, dice éste, expresar la más honda peculiaridad del Médico, el cual solo alcanza a realmente serlo, cuando ejercita su actividad específica; cuando realiza un *tratamiento* y en tanto lo realiza. Los nombres de las cosas no son pura vanidad; y *tratar* significa en su raíz más fina, *manejar o palpar* algo, gobernándolo hacia un fin. Esto es: *actuar, hacer, conducir*.—Conducir ¿qué? Al paciente de esa acción, al hombre enfermo.—Conducirle ¿hacia qué? Hacia una posibilidad de vivir más idónea que la angustiosa e inválida en que la enfermedad le sume».

En definitiva, el hondo suspiro con que el docto académico nuevo cierra su oración Abolición de la enfermedad; logro de la mayor suma de salud; prolongación en lo posible del término de la vida.

.....

Pero no nos atrevamos siquiera a rozar con el tema elegido por el docto compañero. Nos falta competencia para entrar en él y plumas en las alas para remontarnos. Profanos en la materia de que trató, nuestras palabras de respuesta no podían ser, ni han sido un discurso. Frases cordiales y justas, y no lisonja fueron, al servicio del recto propósito de ensalzar lo más discretamente la personalidad del colega nuevo, porque así se justifica la determinación de la Academia y se explican los motivos que sus miembros tuvimos para ofrecerle, a una voz, el puesto preeminente que sus talentos merecen.

Nuestra misión está cumplida, Señores invitados. Al rendiros gratitud por vuestra presencia aquí, queremos añadir otra palabra más, que vuela hacia personas que no veo entre nosotros pero que, sin duda alguna, espiritualmente nos acompañan.—Nos referimos a aquella dama venerable, alta, distinguida, nimbada de blanco la cabeza noble..., ¡tan señora, ella!... que conocimos en su casona grande frontera a las fuentes cantarinas de Plaza Nueva de Granada... la madre de Navarro Moreno.—Aludimos también a la esposa dignísima, ...cordobesa de pura cepa..., a sus hijas, las que lejos de Córdoba están en esta solemnidad con nosotros, *in mente*... Se nos vá el ánimo hacia estas personas, cargado de parabienes y de felicitaciones fervorosas ..

Señor Navarro Moreno:

Bien venido seais a este viejo organismo cordobés, de autoridad oficial, que hoy se complace en abriros su puerta para que entreis a gozar de la preeminencia que os era debida, hace mucho tiempo, por derecho propio, mientras otros la hemos ganado por merced.

Merecáis vos, y merecía la obra maestra que habéis traído en las cuartillas de vuestro discurso, que esta noche hubiese llevado la voz cantante de la Academia quien supiera ponerse a tono con vuestra personalidad y con vuestro prestigio.—Yo, solo podía estarlo con vuestro corazón.

Y, no por apretado que sea el lazo de nuestra amistad de treinta años, había yo de escamotear los elogios que merece esa perseverante vocación vuestra que os hizo abrazar para siempre y de por vida dos honrosas investiduras: la de otorrinolaringólogo y la de cordobés por devoción.

En atención a la primera, he cumplido un deber al pregonar vuestra hoja de servicios que justifica con creces la determinación de la Academia de traeros a sus filas, y la solemnidad que celebramos de vuestra entrada en ella que es gran ejemplo, ofrecido públicamente. Digno es, vuestro discurso admirable de este día, de otro discurso de respuesta sujeto a los cánones de esta clase de piezas de la oratoria académica.—Habéis de perdonar que no haya sido así, y también lo disculparán cuantos nos escuchan si, como espero, todos fueron agraciados con esa cuarta potencia del alma que consiste en hacerse cargo de las cosas.—Mal podrá seguir ese vuelo por la Historia de la Medicina quien no tiene alas para subir a regiones menos desconocidas.

Por lo que hace a vuestra condición de compatricio adoptivo, tampoco el hecho podía pasar en silencio.—No habéis nacido aquí.—El hecho del nacimiento es algo circunstancial e involuntario.—Pero, quisisteis, por voluntad tenaz, pertenecer intensamente a esta Patria menor, y, aun más: realizar una alta misión médica en ella, y, a fé que lo lograsteis.—El cariño a Córdoba guió vuestros pasos y alumbró vuestro *hacer-médico*.—Córdoba, que no os diera el ser de cordobés nativo, pero que lo dió a la gentil compañera de vuestra vida, que lo ha dado también a vuestros hijos, que es el lugar del retiro de vuestra anciana madre y que ha tenido para vos todo el cariño y todo el encomio que vuestra feliz actuación merecía. Sois nuestro compatricio por designio propio, y porque la ciudad os cuenta como suyo, en gracia a vuestra labor.

Recibid, señor Académico, la bienvenida fraternal y emocionada que yo os doy en nombre de nuestra Institución y de todos sus componentes.—Sabéis bien cual es, el elevado tono de fervor y de sinceridad que tiene este acto, y la satisfacción con que os hemos elegido por compañero y con que acogemos la eficaz colaboración que esperamos.

Viendoos entrar, y entrar con tal bagaje de méritos y excelencias como los que traéis; viendoos ocupar el sillón que la muerte dejó vacío al llevarse para siempre al Doctor Luque Morata, viene a nuestras mientes el dicho feliz del poeta Homero: *«Un Médico equivale a un gran número de hombres»*. Acaso, por ello, los pueblos antiguos profesaban a los médicos una veneración profunda.

¡Que vuestro nombre, señor Navarro Moreno, fulja un día en el recuerdo, bajo la irradiación de otros nombres que llenaron de luz la Medicinal

Hace siglos que corre por la Historia, llevado en triunfo por las sombras de Maimónides... de Averroes... o de Albucásis, el título inapreciable de *«Médico cordobés»*.

José M. Rey

